

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año XIII

1987

Núm. 25

INDICE

	<u>Pág.</u>
Enrique Benavent Vidal: La intervención de Carranza en Trento sobre el valor sacrificial de la Misa ...	1
Ramón de Baldaquí: La reforma de la predicación en el XVIII valenciano: Leonardo Soler de Cornella ...	87
Josep Corbí i Fernández de Ibarra: Comprender otras culturas ...	138
Luis José López Ortiz: Comunicación y creación en "La muerte de Ivan Illich", de León Tolstoi ...	189
Recensiones ...	194

FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER, VALENCIA
Sección Diócesis

COMUNICACION Y CREACION EN LA MUERTE DE IVAN ILLICH, DE LEON TOLSTOI

Por Luis José López Ortiz

Como todos sabemos la comunicación es un hecho inherente a la condición humana. Es cierto también que, jamás hasta la fecha de hoy, el hombre, ser esencialmente comunicativo, había dispuesto de tantos «medios» y «técnicas» para llevar a efecto esta, sin duda, peculiar y noble tarea humana. Reconocemos, del mismo modo, no sin cierto estupor, la asombrosa eficacia de las nuevas tecnologías puestas al servicio de la comunicación. Pero, curiosamente, los hombres, tal vez hoy más que nunca, encontramos serias dificultades para lograr la comunicación en la que funcionemos de modo creador/positivo y no meramente pasivo. La paradoja, pues, es evidente; también lo es, como lógica consecuencia, la necesaria y urgente revisión del concepto mentado. Revisión que deberemos hacerla desde la co-laboración, co-oporación que nos conducirá a la claridad.

En este mismo sentido, deberíamos distinguir en el hombre dos vertientes, dimensiones o niveles de tratamiento de la realidad (niveles que no son dilemáticos sino que pueden y deben entrecruzarse). A saber:

a) Nivel *físico-objetivo*, en el que la realidad es reducida/delimitada a lo puramente cósmico y en el que la dimensión de «lo posible» y la conciencia son reducidas al máximo.

b) Nivel *super-objetivo*, en el que el hombre/la razón es consciente de su menesterosidad/inacabamiento. El hombre, así, es un proyecto por hacer, no delimitado, abierto inexorablemente a lo más profundo y mejor de sí mismo. El hombre es, en este sentido, «en realidad».

Pues bien, admitiendo este planteamiento, debemos de afirmar que todo acto comunicativo -«comunicar» significa recibir en común, participar de, compartir- debe ser creador, plenificador, debe nutrirnos para poder alcanzar cotas altas de libertad.

La falta de auténtica comunicación conduce, ciertamente, a la manipulación e incomunicación que se traducen en conductas impregnadas de odio, soberbia, vanidad, deseo caprichoso de satisfacción sexual (forma vulgar de sadismo, es decir, de reducción objetivadora), etc., que tienen su corolario en el asesinato: grado cero de comunicación/creación y extremo en el que el hombre se aleja/extraña más la realidad. Comunicarse no es otra cosa que amarse, ya no existe, pues, el binomio *yo-tú*, sino un *nosotros* que nos

encumbra. (Cuando existe verdadera comunicación/amor los enamorados no se miran ya a los ojos, sino que contemplan el mismo horizonte).

Sin embargo, la comunicación tiene, además, una dimensión «interna», no dilemática con la «externa», sino complementaria en el Silencio.

Estar en silencio de re-cogimiento, de re-flexión, y no de mudez, porque soy apelado por la trascendencia, es ámbito germinal de toda comunicación y creación esencial. Situados en este ámbito experimental y nutricional de des-plegamiento, tan racional y digno como la experimentación científica, saltamos y rebasamos el umbral de lo sustantivo. Alojados, en definitiva, en el silencio, a su abrigo, alcanzamos cotas altas de plenitud y de libertad.

Admitiendo pues que todo acto comunicativo debe disfrutar de cierto grado de creatividad, podemos establecer tres niveles en relación con la misma. En el primer nivel -grado «cero»-, la comunicación estaría anegada por una razón calculadora/manipuladora, o lo que es lo mismo, por una razón monológica. En los niveles segundo y tercero la razón dialógica sería el criterio operativo y vertebrador de la comunicación. El esquema según estas consideraciones sería el siguiente:

Nivel/grado «cero». Las personas que se mueven en este nivel entienden la comunicación como estrategia para manipular, como re-plegamiento.

Nivel «alfa». Comunicar supone, en este nivel, fundar vínculos personales que eleven nuestra dignidad.

Nivel «omega». Cota más alta de la comunicación. En el silencio reflexivo se nos presenta la ocasión de captar el sentido último de la existencia.

En este sentido, *La muerte de Iván Illich*, de León Tolstoi, puede sernos útil para verificar nuestro planteamiento. El argumento es más o menos el siguiente: Iván Illich es un funcionario del Ministerio de Justicia que después de penosos esfuerzos y muchas zancadillas ha conseguido un lucrativo puesto en la judicatura de San Petersburgo. Por otro lado, su matrimonio con Praskovia Fiódorovna podemos considerarlo como mero ajuste a la vida social y mundana que comporta su cargo. Más, no son felices. Colocando Iván Illich las cortinas de su nueva residencia en San Ptersburgo, cae y se lastima en un costado. Este insignificante acontecimiento, el golpe producido al caerse de la escalera, le causará un tumor que le conducirá en un dilatado y triste proceso a la muerte.

A continuación, de esta novela de Tolstoi, seleccionamos una serie de textos que encajan, creemos que perfectamente, en cada uno de los tres niveles.

FLORILEGIO*

Nivel / Grado «*cero*»

Decir que Iván Illich se casó porque se había enamorado de su novia y había encontrado en ella la misma visión que él mismo tenía de la vida, sería tan injusto como decir que se casó porque las personas de su sociedad aprobaban su elección. Iván Illich se casó guiándose por ambas consideraciones: eligiendo esta esposa, hizo algo que le resultaba agradable y, al mismo tiempo, lo que las personas más encumbradas consideraban acertado (34).

Comprendió que la vida de casado, al menos con su mujer, no se ajustaba siempre a las normas de una vida agradable y decorosa..., empezó a luchar con su mujer y a defender su independencia (35).

Quedaban sólo escasos períodos de amor, que se hacían muy breves. Este alejamiento hubiera podido afligir a Iván Illich, si él hubiese considerado que no debía ser así, pero ahora admitía ya esta situación no sólo como normal, sino como el fin de su actividad en el seno de la familia. Dicho fin consistía en emanciparse cada vez más...; lo consiguió así procurando pasar cada vez menos tiempo con la familia; y cuando se veía obligado a estar en casa, procuraba asegurar su situación con la presencia de extraños (37).

Praskovia Fiódorovna llegó a desear su muerte, pero esto era cosa que no podía ni desearse siquiera, porque entonces se habría quedado sin el sueldo (49).

Lo que Praskovia Fiódorovna pensaba de la enfermedad de su marido era lo mismo que decía a otras personas y a él mismo: que el culpable era Iván Illich y toda la enfermedad no significaba más que un nuevo disgusto que le causaba a ella (54-55).

(...) todo se reducía a preguntas de cómo conseguir más dinero del erario público como consecuencia de la muerte de su marido. Parecía pedir a Piotr Ivánovich consejo en lo referente a la pensión; pero él veía que ella estaba ya al tanto de los últimos pormenores y que sabía cosas que él mismo ignoraba: todo lo que podía hacerse para conseguir algo del erario con mo-

Nota general. Los textos pertenecen a: Tolstoi, León. *La muerte de Iván Illich*. Traducción del ruso por José Lain Entralgo. Salvat Editores, Navarra, 1.969. Entre paréntesis, al final de cada texto, ponemos el número de la página correspondiente. Sobre esta misma obra puede consultarse mi trabajo «Algunas consideraciones sobre lo trágico en la obra de León Tolstoi», en *Anales Valencinos. Revista de Filosofía Teológica*, Facultad de Teología, San Vicente Ferrer (1985), 61-78.

Esta monografía, junto a otras, fue materia de reflexión y diálogo en la 1.ª Experiencia Interdisciplinar sobre la Comunicación, llevada a cabo entre los días 20 de febrero y 2 de marzo de 1987, en el colegio «El Armelar» de Paterna.

tivo de esta muerte; pero quería saber también si no se podía obtener algo más (26).

Nivel «*alfa*»

También le construyeron un dispositivo especial para hacer sus necesidades, y cada vez esto representaba para él un suplicio. El suplicio de la suciedad, la inconveniencia y el mal olor, de la conciencia de que otra persona debía hallarse presente y ayudarlo.

Pero en este asunto, el más desagradable de todos, Ivan Illich encontró un consuelo. Siempre acudía a ayudarlo el criado Guesárin.

En una ocasión, al levantarse del bacín y sin fuerzas para subirse los pantalones, se dejó caer el mullido sillón y se quedó mirando sus muslos desnudos e inermes, con los músculos muy marcados.

Entró Guesárin con sus recias botas altas..., con las mangas remanadas, que dejaban ver sus brazos fuertes y jóvenes, y sin mirar a Ivan Illich, procurando volver la vista para no ofender al enfermo con la alegría de vivir resplandeciente en su cara, se acercó al bacín.

- Guesárin -dijo con voz débil Ivan Illich.

- ¿Desea algo?

- Pienso que esto te será desagradable. Perdóname. No puedo.

- No faltaba más. -Y Guesárin le miró con ojos brillantes, mostrando unos dientes blancos y jóvenes.- ¿por qué no he de hacerlo? Usted está enfermo.

Y con manos fuertes y ágiles hizo su acostumbrada labor y se retiró con suaves pasos. Cinco minutos después, con la misma suavidad de antes, entró de nuevo. Ivan Illich seguía sentado en el sillón.

- Guesárin -dijo cuando el criado hubo colocado el bacín limpio en su sitio-, por favor, ayúdame, acércate. Levántame.

Guesárin se acercó. Con sus fuertes brazos, con la misma suavidad con que andaba, lo levantó y sostuvo mientras le subía los pantalones...

- Gracias. Con qué habilidad, qué bien... lo haces todo.

Guesárin sonrió de nuevo y quiso retirarse. Pero Ivan Illich se sentía tan a gusto con él, que no quiso dejarlo marchar.

...

- ¿Te queda algo por hacer?

- ¿Por hacer? Lo he hecho todo, lo único que me queda es cortar la leña para mañana.

- ¿Podrías mantenerme las piernas en alto?

- Claro que sí.

Guesárin le levantó las piernas e Ivan Illich tuvo la sensación de que así no sentía dolor alguno.

- ¿Y la leña?

- No se preocupe. Hay tiempo para todo.

... Y cosa rara, le pareció que se sentía mejor mientras Guesárin le sujetaba las piernas. Se pusieron a hablar.

... La salud, la fuerza, el espíritu ansioso de todos los demás era algo que le ofendía; pero la fuerza y el animoso espíritu de Guesárin lejos de afligirle, contribuían a tranquilizarle.

El suplicio mayor de Ivan Illich era la mentira: la mentira por todos admitida, de que estaba simplemente enfermo, pero no se moría... Por ello Ivan Illich sólo se sentía bien con Guesárin. Se sentía bien cuando éste, a veces durante noches enteras le sostenía las piernas y no se quería ir a dormir, diciendo: «No se preocupe, Ivan Illich, dormiré más tarde». O cuando de pronto, pasando al tuteo, añadía: «Si no estuvieras enfermo... ¿por qué no he de atenderte?» Guesárin era el único que no mentía... Una vez se expresó abiertamente cuando Ivan Illich quiso mandarlo a dormir:

- Todos hemos de morir. ¿Por qué no he de tomarme esta molestia? dijo, dando a entender que el trabajo no le significaba molestia alguna precisamente porque lo hacía por un moribundo y esperaba que, cuando a él le llegase la ocasión, habría otro que también lo haría (66-70).

nivel «omega»

- «¿Dónde está la muerte?»

Buscaba, sin poderlo encontrar, su anterior y habitual miedo a la muerte. «¿Dónde está? ¿Qué muerte?» No sentía miedo alguno porque no había muerte.

En vez de la muerte era la luz.

- ¡Ahora lo comprendo! -dijo de pronto, en voz alta.- ¡Qué alegría!

Todo esto sucedió para él en un instante, y la significación de ese instante ya no llegó a cambiar. Para los presentes, la agonía se prolongó aún dos horas. Algo borboteaba en su pecho; su cuerpo extenuado se estremecía. Luego el borboteo y los ronquidos se fueron espaciando más y más.

- ¡Se acabó! -dijo alguien sobre él.

Él oyó estas palabras y las repitió en su alma. «Se acabó la muerte -se dijo-. La muerte no existe».

Hizo una inspiración, se detuvo a la mitad, se estiró y quedó muerto (90).